

ALVARO CAMACHO GUIZADO

DROGA Y SOCIEDAD
en
Colombia

El poder y el estigma



CIDSE
universidad
del valle


cerec

CONTENIDO

PRESENTACION	9
INTRODUCCIÓN - Droga, Ciencia y Política	11
Capítulo I	
EL SIGNIFICADO SOCIAL DE LA DROGA	19
Marihuana y cocaína, sociología y política	22
Magia y burguesía: la población intermediaria	26
Estado y droga: crisis o fortalecimiento	28
El problema de la droga y las instituciones colombianas	31
Capítulo II	
ESTIGMA Y DESAFECCION EN EL CONSUMO DE DROGA	37
La droga y la historia de las prohibiciones	38
La transformación de la droga	42
De la criminología a la salud	47
Estigma y desafección	49
Desviación, desafección y utopía	56
	7

Capítulo III

EL CONFLICTO Y LA INTEGRACION:
LA POLITICA DE COMPLEMENTACION
EN LA DECADA DE LOS SETENTAS

Canales del proceso de integración	59
El control de los aparatos del Estado: el poder judicial	61
El control del aparato diplomático	64
El control del aparato electoral y burocrático	64
El control de la prensa	67
El control empresarial	71
El significado de la acción militar	79

Capítulo IV

LA DROGA, LA CORRUPCION Y EL PODER 85

Las dos caras de la moneda: vieja y nueva burguesía	92
---	----

Capítulo V

EL SIGNIFICADO ECONOMICO
DE LA MARIHUANA 99

Capítulo VI

DE LA BARETOCRACIA A LA PERICOCRACIA 111

Cambios en la organización de la economía	112
Las transformaciones en la política	118

Capítulo VII

LA NARCOGUERRILLA:
LA CONSTRUCCION DE UNA TEORIA 133

Usufructo de las FARC del narcotráfico	141
Apéndice I: Congressional Records-Senado la hazaña del Embajador Tambs	151
Apéndice II: El debate de la droga: la misma cosa, dis- tinta cara	163

Para la sociedad colombiana ha constituido en la fase de permanentes conflictos de alguna forma han construido aparatos institucionales. Sin embargo, a pesar de los mismos hechos, resulta vertir cómo los científicos preocupado del examen de la situación más bien se ha concentrado en la cuantitativa del fenómeno. En una sociedad con presencia de una violencia en rincones, por severas limitaciones que inunda todos los sectores, por las restricciones del férreo sistema jerárquico social del orden establecido, la represión que en los de diagnóstico sociológico del fenómeno de la enumeración y descripción tratándolo no simplemente adicional y aislado. La obra realizada por el autor es un aporte al estudio de la Sociología de la violencia, nuevamente a considerarla como una excepción, una gran

PRESENTACION

Para la sociedad colombiana, el fenómeno del narcotráfico se ha constituido en la fuente de una larga serie de profundos y permanentes conflictos y procesos sociales y políticos que de alguna forma han conmocionado las bases de esta sociedad y los aparatos institucionales que la rigen.

Sin embargo, a pesar de este reconocimiento y de la vivencia de los mismos hechos, resulta curioso y hasta desconcertante advertir cómo los científicos sociales colombianos poco se han preocupado del examen de estos conflictos y procesos. La preocupación más bien se ha concentrado en la medición de la dimensión cuantitativa del fenómeno desde una perspectiva económica.

En una sociedad como la colombiana caracterizada por la presencia de una violencia ancestral que hoy permea todos sus rincones, por severas limitaciones democráticas, por la corrupción que inunda todos los niveles del quehacer económico e institucional, por las restricciones a la movilidad social impuestas por un férreo sistema jerárquico y en la cual el proceso de legitimación social del orden establecido se apoya más en los mecanismos de represión que en los de distribución del producto social, el examen sociológico del fenómeno del tráfico de drogas debería ir más allá de la enumeración y descripción de los conflictos que éste origina tratándolo no simplemente como un elemento o foco perturbador adicional y aislado.

La obra realizada por Alvaro Camacho, profesor del Departamento de Sociología de la Universidad del Valle, que se presenta nuevamente a consideración de los lectores, aparte de constituir una excepción, una gran excepción, a la apatía de los científicos

por aproximarse a estos temas, es precisamente un intento de integrar este nuevo fenómeno al conjunto de hechos que caracterizan el funcionamiento actual de la sociedad colombiana. Camacho nos ofrece una interpretación de la manera como el proceso de producción, distribución y consumo de droga (marihuana y cocaína) dinamiza y otorga nuevas orientaciones a los procesos sociales, entrelazándose e influenciándose mutuamente con las características propias de la organización social e institucional de la sociedad colombiana.

Así, el proceso de ascenso social de los grupos vinculados al tráfico de drogas, su inserción en los aparatos del Estado, los mecanismos de represión, la corrupción institucional son tratados de manera integral y dinámica para caracterizar así los procesos sociales de la actual coyuntura histórica de Colombia.

Por ello, esta obra debe motivar una mayor discusión y reflexión sobre un fenómeno que las más de las veces ha sido tratado simplemente como un elemento delictivo adicional.

ALBERTO CORCHUELO

Director -CIDSE-
Universidad del Valle

DROG

No parece aventurados a la producción, cocaína se erigen como la historia de las transacciones realizadas a nivel nacional, las políticas colombianas han enfrentado las necesidades en la estructura social, son algunos de los que denotan los efectos de la droga. Pero más allá de lo que obliga a abocar un camino hacia una situación más global, ligada directamente a la propiedad, a la propiedad.

El análisis del fenómeno debe anclarse exclusivamente en hacer algunas reflexiones que realmente forman parte de la coyuntura, y que, coyuntura analista de la situación que no ha recibido parte de lo que podría

Apéndice II

EL DEBATE DE LA DROGA: LA MISMA COSA, DISTINTA CARA

El que la clase dominante colombiana impulse sistemática y permanentemente la ideología antidroga es perfectamente comprensible y lógico: está en juego su posición en una estructura internacional de dominación y la opción de apropiarse un voluminoso excedente económico que en el momento no está bajo su completo control. De allí la coherencia del ataque frontal y decidido contra la droga, que tiene la virtud de justificar el crecimiento acelerado de los aparatos represivos del Estado.

No es tan comprensible y lógico, en cambio, el vocero de la opinión pública no afecta al sistema, quienes asumen para sí el título de opositores, se conviertan, de varias maneras, en portadores de tal ideología. De hecho, el único medio eficaz para combatir el ensanche de la represión que se justifica en la "lucha anti-narcóticos", consiste, en primerísima instancia, en plantear el problema de la droga en un terreno totalmente distinto al dominante. Solamente mediante la desmitificación será posible enfrentar la arremetida ideológica represiva.

No se la combate, en cambio, sirviendo de agentes de propagación de esa ideología así sea tiñéndola de "izquierda" y presentándola "críticamente". El examen de algunos textos permite ilustrar el punto: En un artículo publicado en *Alternativa*, A.F. Nanclares sostiene que la marihuana y la cocaína desempeñan en la sociedad colombiana el mismo papel que la religión y los juegos de azar. Sin someter su opinión a una reflexión un poco más mesurada, añade que:

Todos ellos Ardila Lule, Ernesto Samper y la turba de cuchilleros de los bajos fondos de la ciudad, o al menos los más

avizores, saben que la marihuana, ahora cuando la religión ha perdido tanta clientela, constituye el único puntal de sus privilegios. Si no fueron suficientes las doctrinas esotéricas, el yoga y el analfabetismo, dirán ellos, es preciso poner al pueblo *bien legal* para evitar su furia demoledora contra las instituciones legítimamente constituidas...

En efecto, la burguesía crea motivos espurios para ocultar su intención definitiva, que es:

Valerse del alucinamiento colectivo para afianzar su poder opresivo... se trata del eterno problema de los poderosos queriendo (sic) a todo trance acaballarse sobre espuelas sobre esta multitud acobardada de hilachentos que somos la casi totalidad de los colombianos.

Luego de esta imputación de motivos a la burguesía, el autor nos dice:

De ahí que yo vea los alucinógenos como instrumentos de dominación. Entendido así el problema, resulta imperativo oponerse a la legalización de la marimba. Pero hay que dar la pelea con franqueza, tomando posición clara al respecto, incluso a riesgo de que se nos chamusque el rabo. Nada de medias tintas. La pequeña burguesía, sector de clase donde están ubicados los dirigentes de la izquierda, por aquello de que en casa del ahorcado no se debe mencionar la soga, prefiere callarse o mantener una típica posición vacilante en este sentido. Los otros sectores, el lumpen y la gran burguesía, coincidencia excesivamente significativa, están que revientan de la dicha¹.

No se sabe qué resalta más en el texto, si el descubrimiento sociológico de que los dirigentes de la izquierda son de la pequeña burguesía, o el otro: que la burguesía colombiana quiere repetir la hazaña del imperialismo inglés en las guerras del opio. U otro más aún: el consumo de marihuana tiene los mismos efectos idiotizantes que la religión o los juegos de azar.

Es evidente que el autor no solamente intenta juegos teóricos más o menos demagógicos, sino que ignora el significado de la marihuana, tanto para los consumidores como para los productores. Respecto de los primeros, no tiene inconveniente en

1. *Alternativa*, No. 215, 1 a 8 de junio de 1979.

clasificarlos como lumpen muy baja, en general, la sociedad, o como los "preparada del país" atreptales y morales, decididos en el más amplio sentido.

¿Conocerá el autor es por los sectores más p... hace evidente, el significo siquiera imaginar— que huana ha sido tradición Valle del Cauca por p... hierba un estímulo al tr como campo investigati mo para varios sectores para utilizar las lenguas.

Porque, de hecho, el a los consumidores hace p De allí que al oponerse refuerzo a esa misma ide

Pensar como el autor marihuana lo hacen para ción ficticia que los hace ria. Bastaría pensar que despejó la duda. Y basta como hipótesis— la idea ser un recurso ideológico argumentos un poco men que la evasión de la realid no la acepta en tanto dis sese que, en cambio, para yen los "condenados de la bien diferentes. De hecho lejana de la crítica burgue como la negra, o las me que constituyen el grueso

Y respecto de la peque también que —al menos que la hierba sea un susti muchos más nocivas, con

Y si de los grupos prod en el cambio de condicio

clasificarlos como lumpen, vagos y deportistas de extracción muy baja, en general, toda la atorrancia irredenta de nuestra sociedad, o como los “pichones de doctores, la gente ‘más preparada del país’ alérgicos, como se dice, a las cadenas mentales y morales, decididamente libertinos por posición, ‘frescos’ en el más amplio sentido de la palabra...”

¿Conocerá el autor esta descripción, en la que el desprecio por los sectores más pobres y/o desafectos de la sociedad se hace evidente, el significado del consumo? ¿Sabrá —o podrá siquiera imaginar— que hay algunos indicios de que la marihuana ha sido tradicionalmente consumida en zonas rurales del Valle del Cauca por proletarios agrícolas, quienes hallan en la hierba un estímulo al trabajo? Esta posibilidad, que se abre como campo investigativo que englobe el significado del consumo para varios sectores de la población, debería ser suficiente para utilizar un lenguaje más moderado y menos aventurero.

Porque, de hecho, el autor acepta la caracterización que de los consumidores hace precisamente la ideología dominante. De allí que al oponerse a la legalización sea, en su caso, un refuerzo a esa misma ideología.

Pensar como el autor supone aceptar que quienes fuman la marihuana lo hacen para evadir la realidad y soñar una situación ficticia que los hace dejar de lado la política revolucionaria. Bastaría pensar que el pueblo chino, víctima del opio, despejó la duda. Y bastaría también pensar que —al menos como hipótesis— la idea de la marihuana como evasión puede ser un recurso ideológico destinado a reprimir el consumo, con argumentos un poco menos burdos. Piénsese como alternativa, que la evasión de la realidad es delito para la ética puritana, que no la acepta en tanto disminuye la dedicación al trabajo. Piénsese que, en cambio, para sectores de la sociedad que constituyen los “condenados de la tierra”, tal evasión tiene significados bien diferentes. De hecho esta acusación de evasión no está muy lejana de la crítica burguesa a la pereza y abulia de ciertas razas como la negra, o las mestizas... sospechosamente, los sectores que constituyen el grueso de los “lumpen, vagos” etc.

Y respecto de la pequeña burguesía consumidora, piénsese también que —al menos también como hipótesis— es posible que la hierba sea un sustituto de otras prácticas evasivas pero muchos más nocivas, como la televisión...

Y si de los grupos productores se trata, piénsese igualmente en el cambio de condiciones vitales que implica el comercio de

la hierba. ¿Qué pasaría de no legalizarse la producción? El autor omite esta consideración y con ello acepta inocentemente la política gubernamental de prohibir para justificar la represión a estos productores.

Nanclares, pues, se coloca objetivamente del lado dominante, y su lenguaje medio zumbón y medio despectivo no logra ocultar el sentido de su posición.

Pero si es infundado el planteamiento de Nanclares, mucho más lo es el de un ex-candidato presidencial de la izquierda colombiana. Dice el autor:

Que la marihuana es más nociva para la mente que otros tóxicos, es cosa dilucidada, al parecer, desde la década del veinte por el fundador de la farmacología psiquiátrica, Lewis Lewin. Para este autor, la yerba dementizaba. Cuánto y cómo, es cosa que el autor de "Fantástica" no explicó pormenorizadamente...²

Nótese como el autor introduce de contrabando la calificación de "tóxico" a la marihuana, sin que lo sustente. Cuando la compara con otros tóxicos está lanzando los datos cargados, ciertamente. Y ello está amparado en la opinión de un autor, como si en una ciencia altamente experimental como la farmacología psiquiátrica se pudiera aceptar plenamente un resultado de un investigador. El autor seguramente reconocerá que existe la posibilidad de que estudios posteriores revalúen las opiniones del investigador Lewin.

Tales nuevas investigaciones tienden a mostrar cada día más seriamente que la marihuana no es un tóxico, de modo que ni la comparación con otros que sí lo son es válida, ni se puede decir que tal afirmación es cosa dilucidada.

Más adelante el autor desliza otras afirmaciones igualmente gratuitas: al mostrar que existen opiniones encontradas en torno a los efectos de la marihuana, sostiene que:

La polémica pues, no se limita a divergencias profesionales de dos ramas de la ciencia, sino a cómo deben organizarse los controles al *vicio*, según sean las preferencias filosóficas de unos y otros*.

2. José Gutiérrez, "Chicha, marihuana y ley", en *Alternativa* No. 215, *op. cit.*
* Subrayado mío.

Antes la marihuana era...
El doctor Gutiérrez deb...
múltiples estudios que sos...
va, y que por tanto no es vi...
menos ejercer mayor caute...
punto de vista científico es...
por sentido que se trata...
sino que tal control respon...
te son "filosóficas" —y no...
la clase dominante desata...
mente esa "filosofía" —...
represión, al tiempo qu...
científica.

Es bien importante, por...
autor entre la represión a...
contra la chicha. Como hij...
de esta última se ocultó un...
tra un consumo popular c...
no han sido enteramente d...
to, se basó en una imagen b...
campesinado, a quien se c...
mental, ser inferior, en resu...
cuatro siglos de opresión.

El autor mismo recuerda...
de la más encarnizada rep...
pero este contexto lo presen...
"gracias a". De hecho, si n...
el vigente en la década de l...
podido desatar tan violento

Las prohibiciones son...
de la chicha tuvo quizás...
cincuenta. Y si se duda...
significado algo en el a...
1945, recuérdese aquell...
llenan de gente que to...
sorprendidos campesin...
pueblos. Veían así amen

En este punto debemos s...
estudio serio y desprejuici...
correcta la campaña contra...
la arremetida contra la ma

Antes la marihuana era un tóxico: ahora es, además, un vicio. El doctor Gutiérrez debe sin duda conocer algunos de los múltiples estudios que sostienen que la marihuana no es adictiva, y que por tanto no es vicio. Pero si no los conociera podría al menos ejercer mayor cautela. Asume una posición que desde un punto de vista científico es bastante discutible: no solamente da por sentado que se trata de un vicio que es preciso controlar, sino que tal control responde a razones filosóficas. Precisamente son "filosóficas" —y no científicas— las razones por las cuales la clase dominante desata la represión contra la hierba. Precisamente esa "filosofía" —ideología— es el velo que oculta la represión, al tiempo que impide una actitud un poco más científica.

Es bien importante, por lo demás, la asociación que hace el autor entre la represión a la marihuana y la famosa campaña contra la chicha. Como hipótesis podría insinuarse que detrás de esta última se ocultó una verdadera arremetida racista contra un consumo popular cuyos efectos supuestamente nocivos no han sido enteramente documentados. Tal campaña, en efecto, se basó en una imagen bastante ideológica y prejuiciada del campesinado, a quien se caracterizaba de embrutecido, débil mental, ser inferior, en resumen... a causa de la chicha, y no de cuatro siglos de opresión, represión y explotación.

El autor mismo recuerda que tal campaña se dio en los años de la más encarnizada represión en la historia reciente del país, pero este contexto lo presenta como un "quizás" y no como un "gracias a". De hecho, si no mediara un clima represivo como el vigente en la década de los cincuenta difícilmente se hubiera podido desatar tan violenta campaña.

Las prohibiciones son siempre acompañadas de violencia. La de la chicha tuvo quizás que ver con la violencia de la década del cincuenta. Y si se duda de que la prohibición de la chicha haya significado algo en el ambiente de guerra civil extraoficial de 1945, recuérdese aquellos carteles amenazantes: 'las cárceles se llenan de gente que toma chicha', 'la chicha es crimen', leían sorprendidos campesinos en los muros de los arrinconados pueblos. Veían así amenazada una inveterada costumbre...

En este punto debemos ser claros: hoy día, sin que medie un estudio serio y desprejuiciado, no es posible aceptar como correcta la campaña contra la chicha, como no es posible avalar la arremetida contra la marihuana. En lo que respecta a la

primera, los argumentos eran de tipo higiénico fundamentalmente. ¿Por qué entonces no se prohibió la ingestión de tierra de los niños campesinos desnutridos? ¿Por qué no se obligó —bajo pena de cárcel— a hervir el agua en zonas rurales? ¿Por qué no se prohibieron las enfermedades infectocontagiosas? La chicha se seleccionó por razones que saltan a la vista: era uno de los pocos elementos propios de un pueblo cuyos rasgos culturales han sido atropellados de manera sistemática.

Por ello no es posible aceptar la posición del autor cuando sostiene que:

... hoy pueden apreciarse las profundas transformaciones que trajo esta medida, comparando nuestra cultura con las de Perú, Ecuador y Bolivia, países que a pesar de haber tenido petróleo, reforma agraria, divorcio y un legado cultural mayor, soportan aún la carga del vicio de la chicha.

Tal planteamiento es —de nuevo en el terreno de las hipótesis— racista, por decir lo menos.

Gutiérrez, además, comparte los planteamientos de Nanclares, o sea que la legalización se traducirá en decadencia moral e incremento de la miseria popular. Con ello está contribuyendo al proceso de mitificación que ampara la represión. Parece que, por el contrario, cualquier análisis serio de la significación social de la yerba debería partir de una posición nitidamente diferente a la sustentada por la clase dominante. Tal posición debería iniciar un proceso de desmitificación de la marihuana, despojarla del velo ideológico que se le ha impuesto, analizar fría y serenamente sus características como droga y su real dimensión social, económica y política. No abocar el problema desde una perspectiva científica significa hacerle el juego a la ideología dominante represiva, así no se quiera y así se expresen opiniones en revistas de oposición.

El trabajo de Mario Arango Jaramillo y Jorge Child Vélez*, es uno de los pocos que intentan colocar el tema en una perspectiva relativamente coherente, sin sobretonos emocionales. Que lo logre es otra cosa. Publicado como serie en el periódico *El Espectador*, el trabajo fue premiado nacionalmente, y desde luego mereció comentarios elogiosos. Cabe preguntarse si ese

* Mario Arango Jaramillo y Jorge Child Vélez, *Narcotráfico Imperio de la Cocaína*, Medellín, Editorial Percepción, 1984, 317 pp.

premio y esos comentarios periodismo o con la teoría que hay un estilo ameno, buen sentido del humor que como bien conocido por su habilidad poner apodos.

Pero si es el segundo, la efecto, a una pieza periodística insoslayada, frontal, al im-

Y estos dos rasgos, que me algunas críticas. Veamos:

1. El estilo: El libro es abrupto en los niveles de ab muchos que abundan en el pobladores de América que Behring trajeron a estas tierras alucinógenas. En el Oriente, la na o *haschis*. En Colombia lo en los últimos años a un resid que se le agrega una resaca de tabaco. Se llama *basuco* (posiblemente armas bazucas)" (p. 62). Como historia como en la temática ya fray Bernardino de Sahagún cas de malas costumbres, dice con medicinas y que se iban de genos que los volvían locos". jóvenes colombianos *desadaptados* a orillas del río La Miel alucinógeno que toca resulta alucinados, porque los botan hay por lo menos 200.000 es. Ahora bien, este no es un pro lo menos que se puede decir es a-histórico el tratamiento de "desadaptación" de los jóvenes aztecas implica desconocer la mo de drogas psicotrópicas.

Pero además de los saltos de abstracción (en los finales de comentarios más o menos fie-

po higiénico fundamental-
prohibió la ingestión de tierra
os? ¿Por qué no se obligó
agua en zonas rurales? ¿Por
ades infectocontagiosas? La
ue saltan a la vista: era uno
un pueblo cuyos rasgos cul-
anera sistemática.
posición del autor cuando

profundas transformaciones que
uestra cultura con las de Perú,
esar de haber tenido petróleo,
gado cultural mayor, soportan
ha.

vevo en el terreno de las
enos.

planteamientos de Nanclau-
ucirá en decadencia moral e
Con ello está contribuyendo
mpara la represión. Parece
lisis serio de la significación
e una posición nítidamente
se dominante. Tal posición
itificación de la marihuana,
se le ha impuesto, analizar
ticas como droga y su real
ítica. No abocar el problema
gnifica hacerle el juego a la
no se quiera y así se expresen
a.

amillo y Jorge Child Vélez*,
locar el tema en una perspec-
obretonos emocionales. Que
omo serie en el periódico *El*
ado nacionalmente, y desde
sos. Cabe preguntarse si ese

ld Vélez, *Narcotráfico Imperio de la*
1984, 317 pp.

premio y esos comentarios tienen que ver con la calidad del periodismo o con la teoría contenida. Si es lo primero, es claro que hay un estilo ameno, burlón e irónico, en el que se refleja el sentido del humor que caracteriza a los autores, uno de ellos bien conocido por su habilidad para caracterizar personajes y poner apodos.

Pero si es el segundo, la cosa es más extraña: se premia, en efecto, a una pieza periodística que hace una crítica abierta, insoslayada, frontal, al imperialismo.

Y estos dos rasgos, que merecieron elogios, merecen también algunas críticas. Veamos:

1. El estilo: El libro contiene constantemente cambios abruptos en los niveles de abstracción. Un solo ejemplo de los muchos que abundan en el libro: "En épocas muy remotas los pobladores de América que vinieron del Asia por el estrecho de Behring trajeron a estas tierras la marihuana y otras plantas alucinógenas. En el Oriente, se popularizó la resina de marihuana o *haschis*. En Colombia la juventud ha venido enviándose en los últimos años a un residuo semejante de la marihuana, al que se le agrega una resaca de coca, y se fuma mezclando con tabaco. Se llama *basuco* (posiblemente en honor a las poderosas armas bazucas)" (p. 62). Claramente se brinca tanto en la historia como en la temática. Otro: "En la Colonia Española, ya fray Bernardino de Sahagún refiriéndose a los jóvenes aztecas de malas costumbres, dice en 1565, 'que bebían vino crudo con medicinas y que se iban de juerga tomando hongos alucinógenos que los volvían locos'. Cuatrocientos años después los jóvenes colombianos *desadaptados* buscaban esos mismos hongos a orillas del río La Miel. Claro que encontrar el hongo alucinógeno que toca resulta muy difícil para estos jóvenes alucinados, porque los botánicos calculan que, en el trópico, hay por lo menos 200.000 especies de hongos" (pp. 64-65). Ahora bien, este no es un problema exclusivamente estilístico: lo menos que se puede decir es que el juego con la historia hace a-histórico el tratamiento del tema. En efecto, comparar la "desadaptación" de los jóvenes colombianos con los jóvenes aztecas implica desconocer la especificidad histórica del consumo de drogas psicotrópicas.

Pero además de los saltos de niveles tanto históricos como de abstracción (en los finales de las frases la introducción de comentarios más o menos festivos que implican de cualquier

manera afirmaciones *teóricas*), hay grandes saltos de los autores. El libro, de hecho, es escrito por dos personas, pero constantemente hay referencias a una sola: "este cronista", "yo le pregunté", "mi hijo Pablo", etc. Este no es solamente un problema de estilo, sino de las bases de la evidencia en que se fundamentan algunas informaciones. Al traer como ejemplo algunas situaciones personales, se montan sobre ellas afirmaciones generalizables. En la página 45 dice Arango: "La identificación de la coca con lo indígena le abrió el camino al tabaco como vicio característico de las clases altas, incluidas las cortes europeas, en donde llegó a ser, como lo dice Jorge Child, la *yerba de las reinas*".

Molesta también un poco el exceso de ironía, la burla personal y la ridiculización a personas. Llamar "cachifo" a José Asunción Silva (nota no correspondiente al texto, p. 270) es sencillamente una bobería.

Pero éstas son cosas menores. Más serio es el problema de la teoría anti-imperialista. Pretendidamente histórico, el análisis es bastante unilineal y simplista. El imperialismo es el mismo desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Se trata de una imposición extranjera, de una dominación inequívoca, siempre montada sobre las mismas consideraciones. La especificidad histórica del fenómeno queda perdida. La historia, entre otras cosas, sale bastante maltratada.

Pero si ésta es la teoría, expresada desde el título, hay deslices también teóricos, aunque planteados de manera encubierta por la ironía; "El papel de la marihuana en la contracultura de la guerra imperialista de Vietnam fue decisivo. También, la yerba, había sido adoptada como estupefaciente para dopar a los jóvenes soldados norteamericanos que se embarcan en las selvas del sureste asiático. En América Latina, las juventudes rebeldes fueron bloqueadas en su marcha hacia una revolución cubana generalizada. La yerba bloqueó el desenlace revolucionario que quería el Che Guerava. Los *cuerpos de paz* de la *Alianza para el Progreso* le sirvieron de idiotas útiles al Pentágono para difundir en las universidades y veredas de los Andes la contracultura de la marihuana y del *rock*. Aparecieron los primeros *hippies* criollos. Los *hongos* del río La Miel se buscaban con más ansiedad que la Revolución Cubana. Estos dos alucinógenos, *la marihuana* y *los hongos*, distraían la conciencia política de las juventudes en peligro de 'desviarse' hacia la

guerra de guerrillas de una el continente latinoamericano particularmente en los países Ecuador, Perú y Bolivia. All cuerpos de paz deberían difundir la yerba. El opio del pueblo latinoamericano sería la marihuana (208-209). Ni tanto que que alumbre; el imperialismo ap omni-comprensivo, capaz de efectos de sus acciones racionales en práctica de manera teoría conspiratorial del imperialismo y prácticas de la dominación de capital a escala mundial, cionales, un cerebro, una int contradictorio", histórico. Los militares norteamericanos los soldados era un problema de la actividad en el genocidio.

Y, además, atribuirle la capacidad para frenar un proceso menos, ingenuo. La "teoría" postulado de que el consumo del curso que supuestamente lo que es peor) deberían hacer. No solamente por el racionalización de que la revolución natural era hacerla, sino por factores que explicarían, como no se hubiera hecho.

La "teoría del embrutecimiento" consumo idiotiza. Este supuesto directa de una forma de ver el poder y la prohibición; en el de mantener a la población (griegos), disponible para el poder. De hecho, este es el tipo el análisis de la prohibición de

Algo más: postular que el embrutecedor, que los cuerpos

hay grandes saltos de los auto-
o por dos personas, pero cons-
na sola: "este cronista", "yo le
e. Este no es solamente un pro-
ases de la evidencia en que se
ciones. Al traer como ejemplo
se montan sobre ellas afirma-
gina 45 dice Arango: "La identi-
ena le abrió el camino al tabaco
clases altas, incluidas las cortes
r, como lo dice Jorge Child, la

exceso de ironía, la burla perso-
onas. Llamar "cachifo" a José
espondiente al texto, p. 270) es

s. Más serio es el problema de la
ndidamente histórico, el análisis
ta. El imperialismo es el mismo
tros días. Se trata de una imposi-
ación inequívoca, siempre mon-
raciones. La especificidad histó-
da. La historia, entre otras cosas,

esada desde el título, hay deslices
teados de manera encubierta por
ihuana en la contracultura de la
n fue decisivo. También, la yerba,
estupefaciente para dopar a los
anos que se embarcan en las sel-
América Latina, las juventudes
n su marcha hacia una revolución
a bloqueó el desenlace revolucio-
erava. Los *cuerpos de paz* de la
vieron de idiotas útiles al Pentágo-
rsidades y veredas de los Andes la
na y del *rock*. Aparecieron los
hongos del río La Miel se busca-
a Revolución Cubana. Estos dos
hongos, distraían la conciencia
n peligro de 'desviarse' hacia la

guerra de guerrillas de una revolución cubana generalizada en el continente latinoamericano. Sobre todo en los Andes, y particularmente en los países andinos de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Allí estaba el mayor peligro. Y allí los cuerpos de paz deberían difundir el cultivo y la inhalación de la yerba. El opio del pueblo latinoamericano contra la Revolución Cubana sería la marihuana, acompañada por el rock" (pp. 208-209). Ni tanto que queme al santo ni tan poco que no lo alumbre; el imperialismo aparece como una mente, un cerebro omni-comprensivo, capaz de prever los mínimos detalles de los efectos de sus acciones racionales, calculadas fríamente y puestas en práctica de manera incontestada, todopoderosa. Es la teoría conspiratorial del imperialismo, que ve en las estructuras y prácticas de la dominación internacional, de la acumulación de capital a escala mundial, de la logística y geopolítica internacionales, un cerebro, una intención; no un "proceso complejo y contradictorio", histórico. Desconoce, por ejemplo, que para los militares norteamericanos el consumo de marihuana entre los soldados era *un problema*, más allá de la eficiencia y productividad en el genocidio.

Y, además, atribuirle al consumo esa extraordinaria capacidad para frenar un proceso revolucionario es, por decir lo menos, ingenuo. La "teoría del embrutecimiento", es decir, el postulado de que el consumo idiotiza y desvía a los individuos del curso que supuestamente los acontecimientos (o las teorías, lo que es peor) deberían hacerlo seguir, es igualmente ingenua. No solamente por el racionalismo extremo explícito en la ilusión de que la revolución había de hacerse, y de que la conducta natural era hacerla, sino porque desconoce la multiplicidad de factores que explicarían, con más visos de credibilidad, el que no se hubiera hecho.

La "teoría del embrutecimiento", en efecto, supone que el consumo idiotiza. Este supuesto racionalista es una emanación directa de una forma de ver al hombre muy desde la óptica del poder y la prohibición; en el fondo niega la exigencia del poder de mantener a la población como un ejército latente (desde los griegos), disponible para activar la racionalidad del mismo poder. De hecho, este es el tipo de consideración más viable en el análisis de la prohibición de la chicha, que los autores tratan.

Algo más: postular que el imperialismo impone el consumo embrutecedor, que los cuerpos de paz difundieron concienzu-

damente el consumo, es también pensar un poco católicamente: el menor inocente es tentado por el demonio, y como la carne es flaca... Y los latinoamericanos se quedaron sin el paraíso que ofrecía el profeta y sumo sacerdote.

La cosa es más complicada, ciertamente. La ya muy conocida historia de los incesantes debates en torno a los efectos de las drogas psicotrópicas muestra que sí, que la cosa es más complicada, aunque la dimensión de la dominación internacional desempeña un papel que se debe resaltar ampliamente.

Pero desde luego no solamente ese aspecto debe resaltar, ya que omite los grandes esfuerzos que realiza el poder, en su propio patio, para contrarrestar el consumo. De hecho, las técnicas de la crítica a la droga han evolucionado históricamente: desde el planteamiento original de los norteamericanos, según el cual el consumo tiene una dimensión esencialmente criminógena, hasta el actual, que destaca la amenaza a las instituciones políticas, y pasando por la "razón médica", que hizo (y aún hace) notable énfasis en la salud amenazada. Toda esta línea de argumentación se disipa al hacer sobre una cierta voluntad imperialista el auge de la producción de drogas psicotrópicas.

Pero si bien este análisis se muestra un poco simplista y unilateral en lo relativo al consumo, también le pasa lo mismo en el de la acumulación y reproducción del capital: "A falta de inversiones, la yerba y la cocaína movilizaron un importante tráfico económico para absorber el flujo de petro-dólares en la economía norteamericana en los 70 (sic) cuando la acumulación de capital quiebra (sic) el ritmo de las inversiones, por estar sobre producido el capital acumulado. Y hay que hacer el baile del bobo que se quita el saco para sacarlo de pareja, es decir, que el capital se organiza para girar sobre cualquier mercancía que distraiga ahorros potenciales del salario corriente hacia su consumo. El capital sobreacumulado necesita menos ahorros y más consumo, y nada más fácil y efectivo para dinamizar el consumo que las mercancías del vicio" (pp. 248-249). Más materialista que un Manual de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

Aun así, el libro presenta algunas informaciones actualizadas, datos importantes y análisis que tratan de desmitificar el tema, de hacerlo público, de estimular el debate. Ojalá éste se generalice, de manera que se aporten nuevos puntos de vista alternativos.

El segundo libro diferencia mucho de lo primero: si el primero habla de embrutecimiento, éste ahora la redacción es abruptos y las impre-

Qué puede pensarse ortografía en las páginas 187, 190, 223, 239, cada 17 hojas. El texto repetidos en lugares de redacción descuidada frases que al intentar en la página 126, al deslizar un subtítulo Arbeláez, el padrino refiere a que Pablo E. Rionegro, Antioquiense padrino a uno de los (sic) de Estado y escríbese "padrino" dirigir al lector a que y no propiamente el doble sentido es in-

Qué decir de un libro siguiente: "El narcotráfico en South América Blood" tienen que ver con esto más frecuente de lo que inexactitudes e imprecisiones DEA pertenece al De y en la p. 72 pertenecen imputaciones de mo-

Pero en fin, es el libro para evacuar temas pasar por alto, porque Es cosa suya.

Más grave es el problema que el problema de

* Los condenados de

én pensar un poco católicamente: por el demonio, y como la carne os se quedaron sin el paraíso que perdote.

ciertamente. La ya muy conocida ates en torno a los efectos de las que sí, que la cosa es más compli- de la dominación internacional ebe resaltar ampliamente.

ente ese aspecto debe resaltar, ya zos que realiza el poder, en su star el consumo. De hecho, las han evolucionado históricamen- original de los norteamericanos, e una dimensión esencialmente que destaca la amenaza a las ndo por la "razón médica", que asis en la salud amenazada. Toda e disipa al hacer sobre una cierta e la producción de drogas psico-

se muestra un poco simplista y asumo, también le pasa lo mismo roducción del capital: "A falta de aína movilizaron un importante ber el flujo de petro-dólares en la los 70 (sic) cuando la acumula- ritmo de las inversiones, por estar mulado. Y hay que hacer el baile para sacarlo de pareja, es decir, a girar sobre cualquier mercancía ales del salario corriente hacia su mulado necesita menos ahorros y ácil y efectivo para dinamizar el s del vicio" (pp. 248-249). Más e la Academia de Ciencias de la

algunas informaciones actualiza- lisis que tratan de desmitificar el estimular el debate. Ojalá éste se e aporten nuevos puntos de vista

El segundo libro de Mario Arango y Jorge Child* no se diferencia mucho del enorme vacío entre intenciones y resultado: si el primero hizo énfasis en la teoría del imperialismo y el embrutecimiento, éste profundiza más en los temas, sólo que ahora la redacción es más descuidada, los saltos de niveles más abruptos y las imprecisiones más notorias.

Qué puede pensar el lector de un libro que tiene errores de ortografía en las páginas 23, 55, 71, 83, 89, 91, 105, 130, 180, 187, 190, 223, 239, 249, 250, 261, 264, 272? Es decir, un error cada 17 hojas. El lector encuentra además párrafos enteros repetidos en lugares diferentes (pp. 222 y 238), indicativo de una redacción descuidada y acomodaticia. Y encuentra además frases que al intentar ser humorísticas rayan en lo calumnioso: en la página 126, al describir la biografía de Pablo Escobar, deslizan un subtítulo francamente malévolo: "Joaquín Vallejo Arbeláez, el padrino". Resulta simplemente que el subtítulo se refiere a que Pablo Escobar nació en el tradicional municipio de Rionegro, Antioquia, donde fue bautizado, teniendo como padrino a uno de los colombianos más ilustres, el exministro (sic) de Estado y escritor Joaquín Vallejo Arbeláez. Hablar o escribir de "padrinos" cuando se trata el tema de la Droga es dirigir al lector a que evoque un significado preciso del término, y no propiamente el asociado con el rito del bautismo. Este doble sentido es inexcusable.

Qué decir de un libro en el que se encuentran frases como la siguiente: "El narcotráfico lo llama *Times* (sic) en su portada *South América Bloody Gusiness* (sic), o sea que los gringos nada tienen que ver con este h.p. (sic) negocio?" "Este tipo de humor es más frecuente de lo que el lector querría hallar. Como lo son las inexactitudes e imprecisiones lanzadas al desgaire (en la p. 43 la DEA pertenece al Departamento de Estado de Estados Unidos, y en la p. 72 pertenece al de Justicia), o como son las constantes imputaciones de motivos a los actores de procesos descritos.

Pero en fin, es el humor, ese recurso irreverente e irresponsable para evacuar tensiones y disipar impotencias. Eso se puede pasar por alto, porque al fin y al cabo el lector puede reír o no. Es cosa suya.

Más grave es el problema teórico de fondo: la tesis central es que el problema de la droga es político porque participa el

* Los condenados de la coca, Medellín: Editorial S.M. Arango, 1985.

Estado (pp. 19 y 27). O sea que la política se reduce a lo estatal, no hay política en la sociedad civil. Por eso se tienen que hacer frases como éstas: "La mezcla de lo moral, lo jurídico y lo político ha sido casi una constante en la política interna e internacional de los Estados Unidos, con los nefastos resultados que ello produce en la vida social" (p. 209). ¿Lo no nefasto sería que no estuvieran mezclados? Pero si éste es el problema teórico de fondo, en qué queda el otro problema, el esbozado en la p. 190: "Aún no se ha dicho la última palabra sobre la cocaína, y sin embargo se la reprime violentamente, ¿la razón? Esto es precisamente lo que tratamos de lograr, al menos una primera aproximación, en el presente libro". Este tipo de problema, así planteado, tendría que llevar a análisis mucho más amplios que los intentados en la reducción a lo político estatal. En efecto, conduciría a examinar fenómenos de represión en la sociedad civil, en el sistema de relaciones sociales no "estatalizadas". De hecho, en la p. 170 se indica la posibilidad de este tipo de análisis, al esbozar la teoría de la desintegración del Estado. Desgraciadamente esta página va a contrapelo del resto del libro, siendo una de las más promisorias.

En fin, el libro tiene muchos errores, entre los cuales uno de los menores es insistir en la idea de "narcotráfico", es decir, concediendo el carácter de narcótico de la cocaína, siendo que en la p. 180 los autores precisan que esta droga no es narcótico. No importa que en la p. 191 sostengan que el *basuco* (pasta de coca con tabaco) si lo sea. Es mejor creer en la p. 180 y no en la 191.

Y todo eso se hace en un libro que reproduce el título de un clásico: *Los Condenados de la Tierra*, de Frantz Fanon. Se invita cordialmente al lector a hacer la comparación.